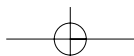
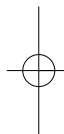
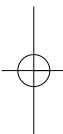
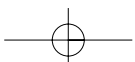
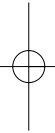
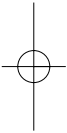


LA CIUDAD DE PASARGADAS, EN PERSIA,
SIGLO VI A. DE C.

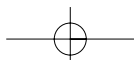
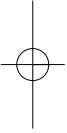
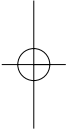


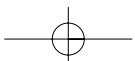
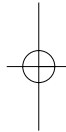
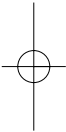




1

LOS DÍAS DEL ESCARABAJO





Los días del escarabajo

La luna teñía de azul los montes de Persia. El silencio de la noche, helado y pétreo, reinaba en la ciudad. Pasargadas se había apagado con el día, como si los hombres no tuvieran derecho a existir en ausencia de luz. Sólo los dioses surcaban el cielo. Desde allí, la sombra de Ishtar¹ se proyectaba sobre el desierto de rocalla que se extendía entre las colinas.

En el camino de ronda, los centinelas dormitaban apoyados en sus lanzas. Mientras, una silueta vigilaba desde lo alto de la puerta monumental que sobresalía del trazado de las murallas. ¡Ninetis! Erguida entre dos almenas, la princesa miraba fijamente hacia el lugar por donde se había puesto el sol. Estaba harta del polvo asfixiante de Pasargadas. Echaba de menos el Nilo y el suave murmullo de los papiros agitados por el viento. En Persia, el aire era abrasador durante el día, pero de noche se volvía frío y cortante como la hoja de un cuchillo. Inmóvil, con los labios apretados, Ninetis se dejaba invadir por el odio feroz que sentía hacia su eterna enemiga: Tirya, la hija del Faraón.

1. En la mitología persa, reina del cielo e hija de la Luna. Identificada con el planeta Venus, esta diosa guerrera cuenta con el león como animal asociado.

TIRYA, LA VENGANZA DE LA DIOSA

De repente, sin que ella hubiera notado ninguna presencia a su espalda, sonó una voz.

—Aún sueñas con Egipto, ¿verdad?

El viejo rey Cambises se había aproximado sin hacer el menor ruido, como el vuelo sigiloso de un ave rapaz. El monarca vestía un caftán negro que le fundía con la oscuridad.

—Es mi país —se defendió la joven.

—Ya no lo es. Has dado un heredero a mi hijo Ciro y ahora formas parte de este palacio.

—¡No es más que piedra entre las piedras! —soltó Ninetis—. Acabaré tan reseca como ellas. Ciro sólo tiene ojos para Casandane.

—Ella acaba de dar a luz a una niña, Roxana. Sin embargo, tu hijo reinará bajo el nombre de Cambises II cuando los dioses lo decidan.

—Pero si los dioses cometen el error de dar un hermano a Roxana, ¿qué suerte correremos mi hijo y yo?

—Tu hijo lleva la marca² de nuestra familia, los Aqueménidas. Es el primogénito. Nadie más que él subirá al trono de Persia —le aseguró el anciano rey—. En cuanto ha llegado a Pasargadas —continuó el monarca tras un breve silencio—, el bebé ha dejado de llorar: ha reconocido su tierra. ¿No contaban que sus gritos se oían en todos los rincones del palacio del Faraón?

—Es cierto —concedió Ninetis—, pero...

—Pero eres tú quien se siente fuera de lugar entre nosotros —la cortó Cambises—. No paras de quejarte, eres grosera con cualquiera que se cruza en tu camino, paseas tu mal humor por los corredores de palacio y espías cada movimiento de Ciro. Has conseguido que todo el mundo te odie, Ninetis. Hasta los sirvientes están hartos de ti.

La afrenta indignó a la joven.

—¡Pero yo soy la reina! —gritó.

2. Véase *El lobo de las siete colinas*.

Los días del escarabajo

—Una reina de paja —rectificó Cambises—. Ciro no te ama. Le has dado un hijo: era tu destino. Ahora puedes desaparecer; nadie se preocupará por tu ausencia.

Acto seguido, el viejo rey agarró a Ninetis del pelo y la arrastró hacia un lugar donde nunca se aventuraban los centinelas, donde la muralla inacabada lindaba sin protección con el vacío.

—¡Soy..., soy hija de faraón! —protestó Ninetis entre gemidos.

—Ahmés derrocó a tu padre, Haibria, y el pueblo enfurecido acabó con su vida. ¿Qué relevancia tienes para Egipto? Sería mejor que tu hijo no supiera nunca quién fue su madre.

Ninetis consiguió soltarse de Cambises cuando llegaron al borde de la muralla. El pánico le atenazaba las entrañas.

—¿Queréis quitarme a mi hijo? ¿Dárselo a esa cerda de Casandane para que lo críe como si fuera suyo?

—Eres tan inútil que deberías saltar.

La joven echó un vistazo abajo. Un canal brillaba bajo la luna, un puente lo cruzaba. Todo estaba oscuro. En ese momento, Ninetis comprendió que el rey de Persia tenía intención de matarla. Entonces retrocedió. Cambises la agarró e impidió que se alejara.

—Tu papel ha terminado —declaró él.

—Te equivocas. Es tu reinado el que finaliza.

Con la rapidez de una serpiente, Ninetis se giró, se soltó de Cambises y, de un violento empujón, lo lanzó al vacío. El monarca cayó sin un grito, el caftán agitado como las alas de un cuervo.

Ninetis volvió corriendo a su habitación, mandó salir a la nodriza, sacó al bebé de la cuna y fue a acurrucarse al rincón más oscuro de la estancia. Mientras abrazaba con fuerza al pequeño Cambises, le susurraba al oído:

—Nadie nos separará, te lo prometo. Con la muerte de tu abuelo, estás un poco más cerca del trono. Mañana Ciro será investido rey. Es un lobo ambicioso. La guerra le mantendrá alejado del lecho de Casandane. Si yo no lo consigo, deberás deshacerte de Roxana, tu hermanastra. Ciro no debe tener más descendientes que tú. Además, haré todo lo posible por devol-

TIRYA, LA VENGANZA DE LA DIOSA

verte el trono de Horus, en Egipto. Te corresponde por derecho. Ahmés es un usurpador. Nunca nos avendremos a tratar con él. Lo derrocaremos, con todos los suyos. Conozco las defensas del Delta y la importancia de las guarniciones instaladas en las ciudades fortificadas. Nada debilitará tu brazo, hijo mío, porque estará sostenido por el fuego de mi venganza.

Ninetis se calló. De repente, soltó una carcajada, que luego ahogó en el puño por temor a que alguien la oyera.

—¡Ja! A imagen de la diosa Ishtar, la sombra de mi brazo ya se extiende sobre la tierra de los faraones. Antes de mi marcha, dejé instrucciones a una cobra de palacio para que ejecutara mi represalia. Ahora estará desenroscando sus anillos en Sais, ¡y esta vez no la detendrá la mangosta de Sehuna!

Un mes más tarde, en Sais, en el Delta del Nilo, un discreto alboroto reinaba en la habitación de Merit-Ahmés: su hijo acababa de nacer. Inclineda sobre la cuna, Tirya lo miraba con ternura. El bebé había agarrado con sus deditos el índice de la joven y dormía plácidamente. La soberana estaba recostada en el lecho, fatigada pero feliz. Las sirvientas iban y venían de puntillas, con ropa limpia que guardaban en los cofres sostenidos por patas de león.

La puerta se abrió despacio. Entró Ahmés. Se acercó a su mujer para decirle unas palabras y luego se sentó junto a la cuna.

—Pasado mañana presentaré al niño en el templo —anunció el Faraón—. He decidido ponerle Psamético. Será el tercer faraón que lleve este nombre.

—Psam —repitió Tirya—. Tú eres mi auténtico hermanastro, el futuro Señor de las Dos Tierras.

—¡Y tú serás su esposa! —decretó el Faraón.

—¿Yo? —exclamó Tirya, que casi se ahoga.

Todos los presentes volvieron la cabeza al escuchar su grito.

—Muchos faraones se han casado con sus hermanas —le recordó Ahmés—. Forma parte de la tradición.

Los días del escarabajo

—¿Acaso tú lo has hecho? —protestó Tirya mientras miraba a su padre con ojos airados.

—Es una forma de fortalecer el poder de la familia —le explicó el Faraón haciendo caso omiso a la observación de su hija.

—Al marcharse Ninetis de Egipto, sus partidarios se han disuelto —intervino Merit-Ahmés con voz cansada—. No hay nadie que pretenda el trono. Permite que Tirya se case con el elegido de su corazón.

—Los dioses se disponen a cambiar el mundo —respondió Ahmés—. Los mensajeros que se han presentado en el consejo que acabo de celebrar me han traído noticias alarmantes. En Babilonia, el rey Amel-Marduk, que había sucedido a su padre, Nabucodonosor, ha sido asesinado por su cuñado Neriglisar. En Persia, el anciano Cambises ha muerto al caer desde lo alto de las murallas. Ciro es el nuevo rey, y su primera preocupación consiste en reorganizar el ejército. Todo indica que la diosa de la guerra se ha despertado en Oriente.

—Si el mundo cambia, también deben hacerlo las tradiciones —observó Tirya—. Psam podría casarse con una princesa meda o lidia para consolidar la alianza con uno de esos pueblos.

—Me temo que la amenaza de Ciro planea sobre el futuro de ambos reinos —se lamentó Ahmés—. Nos quedaremos solos frente a los persas. Cuando llegue el momento, Egipto deberá hacer gala de una autoridad sin fisuras. Tus viajes han contribuido a forjar tu alma. El contacto con los reyes y los pueblos que has conocido te ha enseñado mucho. Psamético necesitará de tu experiencia y de tus valiosos consejos.

El Faraón, sosteniendo la mirada de su hija, añadió:

—Acabo de ofrecerte el trono de Isis. ¿No es lo que siempre has deseado?

—No de ese modo —suspiró la joven—. Tendré la sensación de ser la reina madre.

—Anunciaré vuestra unión en el templo de Neith, cuando presente el niño a la diosa. Como puedes imaginar, se trata de un matrimonio simbólico —continuó Ahmés al ver la cara de cons-

TIRYA, LA VENGANZA DE LA DIOSA

ternación de su hija—. Psamético tendrá concubinas y de una de ellas nacerá el sucesor.

—¡Quizá sea un matrimonio simbólico —refunfuñó Tiryra—, pero eso no impide que me sacrifiques! Nunca podré tener un esposo de verdad.

Las sirvientas presintieron que una tormentosa discusión estaba a punto de estallar entre el padre y la hija y consideraron más prudente retirarse. Con lo que habían escuchado, tenían de sobra para alimentar los cotilleos de palacio. Merit-Ahmés suspiró.

—Los dos tenéis razón —terció la reina para evitar una violenta confrontación—. Ahora bien, aunque la presentación en el templo debe realizarse enseguida, el matrimonio de nuestros hijos puede retrasarse. Pasarán muchos años antes de que Psamético lleve la doble corona.

Tiryra comprendió que Merit-Ahmés trataba de ganar tiempo, bien para intentar convencer a Ahmés de que desistiera de la idea, bien para permitir que la princesa escapara con Hermes.

—Es importante que Egipto conozca cuanto antes a la pareja heredera —insistió el Faraón—. Eso evitará numerosas intrigas, sobre todo si los dioses deciden acortar mi reinado.

En ese momento, Ahmés se dio cuenta de que el bebé se había despertado y lo miraba fijamente. Entonces el Faraón le sonrió y agitó su dedo ante la nariz del recién nacido, pero la mirada del niño no se apartó de él. Psamético tenía el rostro grave de las estatuas y, por un instante, su padre se preguntó si el pequeño veía. Tiryra soltó con cuidado su dedo índice y se separó de la cuna.

—Apenas existes desde esta mañana y ya me has arruinado la vida —murmuró la princesa en dirección a su hermano.

El Faraón frunció el ceño para indicarle a su hija que se aguantara su enfado y luego cambió de conversación.

—Al menos no es un llorón como Sethunut —comentó utilizando el antiguo nombre de Cambises, el hijo de Ninetis.

Tiryra se encogió de hombros, se dio media vuelta y se encaminó hacia la puerta.

Los días del escarabajo

—¿Dónde vas? —le preguntó su padre.

—¡A exiliarme a Persia! —respondió la joven sin volver la cabeza.

—Hermes llega hoy de Naucratis —informó Merit-Ahmés—. Tirya va a esperarlo al puerto.

—¡Que te acompañen los guardias!

La joven se giró.

—¿De manera que he viajado hasta Roma sin escolta y ahora debo andar por la ciudad rodeada de una escuadra? ¿Es para proteger mi real persona o para impedir que me fugue?

El Faraón suspiró de forma ruidosa.

—Voy a comunicarle a Hermes la buena noticia —continuó Tirya—. Estará encantado de aclamarme como la nueva Isis, la esposa de Horus³. Debería haberme casado con él en Grecia, en Roma o en cualquier otro sitio.

Cuando la princesa abrió la puerta, se encontró con Mene-lao, de guardia en el pasillo con algunos soldados.

—Te daré a mis dos hombres más discretos —aseguró el comandante a la joven.

Tirya le lanzó una mirada fulminante.

—¿Ahora escuchas detrás de las puertas? Desde luego, el mundo se ha convertido en un escarabajo⁴. ¡Puedes quedarte con tu jauría! Me basta con la compañía de Sehuna. Últimamente, esa niña tiene más capacidad para salvar una vida que todos vosotros juntos.



3. Los faraones se consideran los sucesores del dios Horus.

4. En Egipto, el escarabajo es el símbolo del cambio.